La Niña Enamorada

José María de Acosta

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 6769

Título: La Niña Enamorada
Autor: José María de Acosta
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 4 de julio de 2021
Fecha de modificación: 4 de julio de 2021

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

I

En el patio sevillano, alicatado con azulejos de reflejos metálicos y de pavimento de mármol, todo era zambra y bullicio.

El piano modulaba unas alegres sevillanas, y a sus sones una linda pareja de mocitas lucía su garbo y gentileza con los elegantes y airosos movimientos del clásico baile andaluz.

Muchachas y muchachos pasaban por los corros las bandejas llenas de dulces y pastas, las bateas que sostenían las copas de oloroso jerez, de ambarina manzanilla o los vasos de fresca sangría.

Repiqueteaban las castañuelas, brotaban espontáneas las coplas sentimentales, restallaban los encendidos piropos, y por doquier corría, corría sin tasa, bajo diversas coloraciones, el zumo de las uvas.

Todo era zambra y bullicio en el patio sevillano.

Y, sin embargo, don Miguel Centeno, dueño de la casa y en honor del cual se celebraba la fiesta por ser el día de su santo onomástico, contemplaba melancólicamente el ir y venir de las bellas jóvenes, la algarabía de los chiquillos, el sereno hablar de las graves matronas.

El, tan jaranero y locuaz, con tan justa fama de tenorio, miraba, por primera vez en su vida, con ojos empañados por la tristeza, la alegría de una fiesta. Nunca le sucedió cosa parecida. Siempre fue el más alocado, el más dicharachero, el más bailarín, el más bebedor, el más enamorado, y hoy...

Nunca hasta entonces se le ocurrió reflexionar en que tocaba

ya los linderos de la vejez, en que sus cincuenta años, aunque bien conservados, comenzaban a poner nieve en su corazón. ¡Qué insólita tristeza le había acometido inesperadamente! ¿Sería que la primera cana había asomado en su espíritu?

Se había subido al principal, solo con su murria, y acodado sobre la baranda de uno de los abiertos balcones que caían al patio, miraba distraídamente el holgorio. Desde su atalaya veía a su mujer, doña Elena, tan afable, tan apacible, tan bondadosa, con su humanidad aún bella y algo exuberante, charlar reposadamente con otras señoras amigas; distinguía a su sobrina Rocío en su incesante corretear por el patio, yendo atolondradamente de aquí para allá y trasegando más de lo regular del licor de la vid. ¡Qué joven, pues aún no contaba diez y seis años, y qué desarrollada estaba su sobrina, y, sobre todo, qué bonita era! ¡Qué lleno de picardía y gracia tenía aquel hechicero semblante, que dos trenzas de ébano encuadraban! ¡Cuán contenta parecía con los ojos chispeantes, aquellos ojos tan negros y tan hondos! ¡Y qué carácter tan vehemente y aturdido tenía la preciosa chiquilla! Y eso que, desde hacía unos meses, la observaba más seria y reconcentrada. ¿Se habría "colado" el amor en aquel ingenuo corazoncito? ¡Bah! la buen seguro que el amor no habría tomado la forma de Currito Revuelta, su adorador constante, pues la muchacha lo trataba harto desdeñosamente! Ahora mismo notaba cómo Currito andaba al retortero de la bella y cómo ésta le daba bonitamente de lado, sin prestarle maldita la atención.

Cuatro años hacía que, habiendo perdido Rocío en pocos meses a su padre y a su madre, ésta hermana de doña Elena, la trajeron a su hogar sin hijos. Y en su esposa había encontrado la desvalida huérfana una nueva madre, y en él, no diría que un padre, porque no era de esos hombres que se dan por entero a la ternura familiar, pero sí un hermano mayor o, mejor tal vez, un buen amigo, un camarada. Así era que, de tanto bromear y jugar con ella, la muchacha no le

tenía ni pizca de respeto. Ya se lo recriminaba su mujer:

—¡Miguel, no te haces respetar de la niña!

La "niña" para ellos era Rocío.

¡Como si él hubiese nacido para hacerse respetar de nadie!

Pero de algún tiempo a aquella parte venía advirtiendo que la chiquilla esquivaba sus bromas y hasta que casi le huía. ¿Qué diantres le pasaba? A él no le remordía la conciencia de haberle hecho nada. ¡El demonio son las mujeres! ¡Cualquiera las entiende!

Era don Miguel alto, cenceño y bien plantado. La mirada, franca y jovial; el pelo, negro y rizoso y con los aladares poblados de canas. Abonado al coso sevillano, concurrente a todas las tientas de reses bravas que se celebrasen en diez leguas a la redonda y de los que, antes de cada corrida, primero les hubiera faltado tiempo para comer que para ir a Tablada a formar juicio de las condiciones de las fieras cornúpetas que habían de lidiarse. Intimo de muchos ganaderos y astros coletudos, parroquiano asiduo de las más afamadas "borracherías" y de las tiendas de montañés más renombradas y nocherniego tan recalcitrante, que se recogía en su casa de madrugada, cuando se recogía, don Miguel era una institución en Sevilla, casi tan popular como la Torre del Oro.

Pues en el ramo del mujerío sevillano hubiera sido el *non plus ultra* de los *cicerones:* conocía al dedillo a todas las cigarreras bonitas, a todas las mozas de vida dudosa y a todas las mujeres de postín que encerraba Sevilla. En fin, que hubiera podido formar el padrón por barrios de todas las mujeres guapas que engalanaban el solar hispalense sin que se hubiera de dejar una en el tintero, lo que ya es decir, pues sevillana y bonita vienen a ser voces sinónimas. ¡Había una en la Alameda de Hércules!... ¡Pues vivía otra en la Puerta de la Carne!... ¡Pero como aquella del barrio de San Bernardo!...

¡Y si no, aquella niña que parecía una maceta de claveles más en su reja del barrio de la Cruz, en la propia calle de Don Remondo, casi a la sombra de la Giralda!... Y así hubiera dado norte de las flores más garridas que lozaneaban en el vergel que riega el antiguo y caudaloso Betis.

Vamos, que de no verlo, no era para creído el que un hombre como él, que le hubiera podido echar un rentoy al propio burlador de Sevilla, pues eran innúmeras las hembras con que fundadamente había dado que hablar, se hubiese subido, huyendo del "mundanal ruido", al principal y allí permaneciera, mano sobre mano, pensando en las Batuecas, sin que la contemplación de todas aquellas mujeres retrecheras que alegraban su patio le aguijara a bajar y decir siquiera a alguna qué bonitos ojos tienes. ¡Era para hacerse cruces! Que estuviera sin galantear a ninguna hermosa quien se pasó la vida galanteando a todas, juzgaríanlo sus amigos y conocidos cosa nunca vista y singular. Y eso que su figura esbelta y arrogante, su labia graciosa y ponderativa y su mirar aún fogoso, hubieran podido causar todavía estragos en la femenina grey congregada abajo; pero él no estaba de humor de chicoleos ni de conquistas.

Por primera vez, ¡qué oportuna ocasión de filosofar!, recapacitaba en la inutilidad de su vida, repartida entre colmados y mancebías; por primera vez se daba cuenta de su egoísmo; por primera vez contemplaba con remordimiento a su bonísima esposa, a la que con tantas infidelidades había agraviado.

Menos mal que doña Elena era, la pobre, de pastaflora, y jamás le había faltado una sonrisa indulgente para perdonarle sus calaveradas, si por rara casualidad habían llegado a su conocimiento. Tan enamorada estuvo siempre de aquel buen mozo que tenía por esposo, que nunca había visto más que por sus ojos, y a cada infidelidad parecía quererlo más. Pero la verdad era que no tenía perdón de Dios por haberle hecho sufrir a aquella santa...

Sumido en estas acerbas reflexiones, no notó nuestro retraído caballero unos pasos que, de puntillas, se le acercaban; sólo se dió cuenta de la cercana presencia de otra persona cuando columbró unos torneados brazos, cuyas manos al punto le taparon mimosamente los ojos por detrás. Sintió sobre sus párpados la fina piel y el tibio calor de unas manecitas juveniles y femeninas, y junto a su espalda adivinó la proximidad de un cuerpo bien formado, de formas precozmente acentuadas. Una fragancia deliciosa a juventud y un tenue olor a esencia de heliotropo, el que gastaba Rocío, le hicieron no dudar.

—¡Eres Rocío!—dijo.

—Sí, "tiíto". ¿En qué me has conocido?—preguntó la chica, quitando de sus ojos la adorable venda y acodándose junto a él sobre la barandilla del balcón.

—¡Qué sé yo! ¡En todo y en nada! Tu aroma es inconfundible: es el aroma del capullo que empieza a abrirse, de la muchacha que comienza a hacerse mujer. Es un aroma que percibe antes el alma que el olfato.

—¡Uy, qué bonito, "tiíto"! ¡No sabía yo que hicieras madrigales tan preciosos!—exclamó Rocío, palmoteando—. Oye, ¿y se puede saber por qué estás esta noche tan "sombrón", que parece que huyes de la gente?

—Es que llega un día, Rocío, en que más que divertirnos nos gusta ver cómo se divierten los demás... Es que a mi edad, la alegría, como la luz de la Luna, tiene que ser refleja.

—¡Filosófico y poético estás, "tiíto"! Y también tienes la coquetería de llamarte viejo, cuando muchos pollos envidiarían tu salud y tu presencia... Te encuentro desconocido; tú que eres el barbián más barbián de Sevilla, el más loco y mala persona, esta noche estás como si te hubieran dado cañazo... ¡No vayas a protestar! ¡Mala persona, sí; lo he dicho y lo sostengo! ¡Pocas partiditas serranas que

tienes hechas a las sevillanas y a las que no son sevillanas!

Hablaba vivamente, con locuacidad encantadora; los grandes y adorables ojos fijos a ratos en los de su tío.

—¡Quién te contó tales disparates, sobrina?

—Es que yo tengo un pajarillo que me lo cuenta todo... Lo suelto, y a su regreso me dice uno por uno todos tus pasos... ¡Y él me ha referido más horrores de ti! ¡Veces hubo en que tuve que taparme los oídos para no escucharle!

—Pues mira, niña, ten encerradito en su jaula a tu pajarillo y no lo eches a volar, porque no te cuenta más que chismes y embustes.

—No, "tiíto"; si yo sé que tú eres bueno en el fondo... Lo que a ti te ha sucedido es que no has encontrado nunca una mujer que te quiera como a ti había que quererte para tenerte encadenadito, que te quiera como tú te mereces...

—Pero, niña, qué cosas tan desatinadas se te ocurren esta noche... ¡Una mocosa metida en psicologías! ¿Qué sabes tú de la vida, Rocío?

—¡Más de lo que tú te figuras! ¿Sigues tomándome como a una chiquilla? ¡Pues estás equivocado; has de saber que pienso y siento como una mujer!

—¡Ya sé que eres toda una mujer! ¡Una mujer hecha y derecha! Como mujer y no como chiquilla, te tiene el seso sorbido ese tuno de Currito—díjole su tío, que acostumbraba a darle matraca con las pretensiones del desdeñado galán.

—¡No me hables, por favor, de Currito! ¡Qué "esaborición" de niño! ¡Qué "asaúra" tiene el alma mía! ¡Se está hablando de aquí a mañana y no se acaba de contar la mala sombra que tiene el pobrecito!... ¡No se parece a mi "tiíto"! Porque ¿habrá quien tenga más ángel que tú, so bribón?—expresó Rocío con gachonería.

—¡No me piropees, sobrina, que me lo voy a creer!

—¡De sobra lo sabes tú, hipocritón! Mira, y no creas, hasta cierto punto disculpo tus trapisondas, porque, como te he dicho, adivino que nunca has tropezado con una mujer que haya sabido llenar por completo tu corazón...

—¡Y dale, chiquilla! ¿Qué sabes tú de eso? ¡Cuando yo digo que has empinado el codo más de la cuenta!... A ver, apunta...

—¡Te juro que no estoy mareada, "tiíto" Miguel!

Hubo un breve silencio. Y de repente, ella, poniéndose seria en brusca transición, lo cortó diciendo:

—Si supieras que yo sé que hay una mujer que te quiere todo lo que tú te mereces...

—¿Una mujer?—preguntó don Miguel, a quien la honda y temblorosa inflexión de voz de su sobrina, más que sus palabras, pusieron pensativo.

—Sí, una mujer; lo que pasa es que tú nunca reparaste en ella, porque... porque la consideras aún una niña...

Hablaba a saltos, balbuciente y avergonzada. Estaba muy bella al hacer su declaración: roja como las guindas y con los ojos vueltos tenazmente para el lado opuesto al que se encontraba su tío. Pero como éste, no queriendo comprender, callara y la contemplase, abriendo unos ojos desmesurados, como portones de catedral, ella, a quien sus propias palabras aturdían cada vez más, siguió apasionadamente, disparada ya:

—Sí, una mujer que está "penaíta" por ti... ¡Una mujer que no piensa más que en ti! ¡Que no vive más que para ti!... ¿No caes?... ¡Pues esa mujer soy yo!

Ya no le huía los ojos; por el contrario, lo miraba fijamente,

para dar mayor fuerza a sus palabras, y con una ligera expresión de angustia en el fondo de las pupilas.

—¡Tú!—exclamó perplejo don Miguel—. ¡Con razón te digo que, no ya mareada, sino que estás hecha una cuba!

—¿Borracha, yo? No. Créeme; quien a ti te quiere de verdad, quien te quiere con todas las veras de su alma y más que a las niñas de sus ojos, soy yo...

—¡Faltaría más que no quisieras a tu tío!—expresó don Miguel, desviando chanceramente la plática.

—No, no es eso... Es que yo te quiero como... como si fueras mi novio... ¿Quieres ser mi novio, "tíito" Miguel?

—Chiquilla, ¿pero tú es que te has propuesto tomarme el cabello esta tarde, o es que estás ensayando conmigo lo que le piensas decir a Currito?

Mas no; de sobra comprendía don Miguel que a la muchacha, al hablarle, se le salía el corazón por la boca; lo veía claramente en su acento veraz y apasionado, en la zozobra con que lo miraba, en el anhelo con que aguardaba sus respuestas.

—Nunca hablé más formal—expresó sinceramente Rocío—. He bebido, sí; pero fué para perder la vergüenza y poder decirte lo que te he dicho... Porque a tu lado me consumía, viendo que nada adivinabas, que era casi una extraña para ti... Porque será una locura, será lo que tú quieras; pero ¡te quiero, te quiero y te quiero! Y este cariño no me cabía ya en el pecho, y si no te lo hubiese dicho me hubiera dañado el corazón... ¡Te quiero, sí; te quiero! Días y días necesité para convencerme de que te quiero como te quiero... Días y días traté de imprimir cualquier otro rumbo a mi corazón... ¡Mas todo fue en vano! ¡Te quiero, te quiero por encima de todo! ¿Quieres ser mi novio, "tíito" Miguel?

Quedó silenciosa, con la mirada clavada en la de él con

dolorosa intensidad.

—¡Basta ya de bromas, Rocío! Cuando se te pase la pítima hablaremos.

—¿No me crees? ¿Si me tirase desde el balcón al patio me creerías?—preguntó son súbito arranque.

El leyó en sus ojos la inquebrantable resolución de hacerlo a la menor indicación suya... Un coletazo de frío sacudió su medula. Aquella chiquilla, que consideraba como hija; que desde que casi era una pitusa convivía con él; aquella imaginación fogosa y exaltada era la víctima, ¡terrible víctima!, de su prestigio de Don Juan. ¡Triste prestigio el del averiado tenorio!

—¡Rocío, hija mía, no seas loca!—díjole tiernamente—. Reflexiona...

—¿Se le puede mandar al corazón que reflexione?

—Yo te quiero como a una hija, siempre te consideré como a tal...

—¿Y nunca podrás quererme de otro modo?

—¡Rocío!

—¡Nunca podrás quererme! ¡Lo comprendo, lo adivino! ¡Qué tristeza!... Quizá te resulte hasta repulsiva, por haberte declarado así mi amor... Y sin embargo, ¡es que ya no podía callar más!... No me quieres, no; nunca me querrás... ¡Qué desgraciada soy, madre mía!

Y sus lindos ojos se enturbiaron por las lágrimas y su pecho se hinchó de sollozos, y la niña enamorada rompió a llorar, a llorar sin consuelo. Lloraba como una chiquilla a quien quitan un juguete o contrarían en un gusto; mas su llanto no era por eso menos desolado.

"Tiíto" Miguel la contemplaba confuso, sin saber qué hacer ni qué decirle. "¡He aquí quién vino a ser mi postrer conquista!", se decía con amargura.

Pero a esto, una muchacha amiga, la mayor de las de Gordillo, que desde el patio miró para arriba y vió a la joven llorar, le preguntó a voces:

—¿Qué te pasa, Rocío?

La joven se apresuró, toda avergonzada y llorosa, a retirarse del balcón y dejarse caer sobre una silla de las que había en el pasillo.

Doña Elena, informada de lo que sucedía, subió apresuradamente.

—¿Qué le pasa a la niña?—preguntó a su esposo, siempre tan confiada e inocentona.

—¡Qué sé yo! Que sin duda ha bebido demasiado y la ha pillado triste.

—¿Qué tienes, Rocío, hija mía?

—No sé; sin saber por qué me han entrado unas ganas de llorar... ¡Ya ves qué tontuna! Voy a echarme un rato; me duele la cabeza...

Y sin entrar en más explicaciones ni mirar a sus tíos, echó a correr, hecha una Magdalena, hacia su cuarto.

II

A la mañana siguiente, don Miguel reposaba tranquilamente en su lecho, cuando doña Elena penetró sobresaltada en la alcoba.

—¡Miguel! ¡Miguel!

—¿Qué pasa, mujer? ¿Qué hora es?—preguntó éste, despertando de no muy buen talante y desperezándose.

—Que la niña se marchó esta mañana a la misa de ocho del Salvador y son las once bien corridas y aun no ha regresado...

—Se habrá entretenido en la iglesia.

—No; he enviado allí a buscarla y no está; he mandado también a casa de las de Gordillo y tampoco se encuentra en ella, y no caigo dónde puede estar... Y lo más extraño es que he entrado en su aposento y he notado la falta de un retrato de sus padres y de otro tuyo, que sobre su tocador tenía.

—¡Demonio!—expresó don Miguel, rascándose la cabeza en señal de profunda preocupación—. ¿Y has visto si se ha llevado ropa o alguna otra cosa?

—Sólo los retratos eché de menos.

Precisamente la conversación que tuvo con Rocío y el anómalo proceder de ésta habían tenido desvelado a don Miguel hasta cerca de la madrugada.

Y forzoso le era relacionar ahora la ausencia de la chica con lo acaecido la víspera. ¿Dónde podía haber ido Rocío? ¿Habría sido capaz de atentar contra su vida, como la noche precedente demostró tener arrestos para hacer? Esta

sospecha hizo palidecer a don Miguel. ¡Tenía un genio tan vehemente la muchacha!

Vistióse apresuradamente, él que acostumbraba a hacerlo con tanto cuidado y acicalamiento, y salió.

En el patio encontró a su esposa, que, toda atribulada, hablaba con la criada.

—Viene de casa de mi prima Elvira y de casa de las de López, y en ninguna parte se encuentra—díjole ésta—. ¡Ay, Miguel, temo una desgracia!

—No digas tonterías, mujer.

—No te fijaste en ella anoche. Primero demostraba una alegría, un aturdimiento extraordinarios; después una tristeza y un llanto extraños... A esa niña le pasa algo. ¿Sabes tú lo que le sucede?

—¡Qué he de saber, mujer! Se habrá encontrado a cualquier amiga en la iglesia, y a la salida se habrán ido juntas de paseo.

—¡De paseo a estas horas! ¿Estás en tu juicio, Miguel? Es muy chocante esto; nunca hizo cosa parecida.

—Voy a dar una vuelta a ver si la veo; pero tranquilízate, que no hay motivo para alarmarse.

Mas otra le quedaba por dentro al caballero, que en vano trataba de disimular su desazón. Se lanzó a la calle al buen tuntún. No encontrándose en ninguno de los sitios adonde su mujer había mandado a buscarla, no presumía tampoco dónde pudiera hallarse. Marchaba gesticulando, haciéndose y descartando mil conjeturas. Quien le viera venir de esta guisa y se fijara en lo descuidadamente que iba vestido, que hasta el lazo de la corbata llevaba a medio hacer, hubiérase quedado como el que ve visiones al reconocer al propio don Miguel Centeno, siempre tan terne y peripuesto.

De pronto, su rostro se iluminó: acababa de acordarse de la chacha Milagros, la nodriza que había amamantado a Rocío, y a quien ésta profesaba gran cariño. ¿Si estuviese en el domicilio de la chacha? Era el único lugar probable en que faltaba por investigar.

La chacha Milagros vivía en el barrio de Triana; don Miguel tomó un coche en la plaza de San Francisco y ordenó al cochero que lo condujera allá.

—¡Aprisa! la ver si arreas! ¡Te daré una buena propina!—dijo al punto de subir en el carruaje.

—¡Descuide usted, señorito!

Pero aunque el auriga fustigó al jaco, a don Miguel le parecía que el coche marchaba lentamente.

En el puente, don Miguel vió venir, en dirección contraria, a la chacha Milagros, y ordenó al cochero parar; mas antes de que lo hiciese, con una agilidad impropia de sus años, saltó rápidamente del vehículo al suelo.

—En su busca iba, señorito Miguel; la niña...

—¿Está en su casa, ama?—interrumpióle impaciente el señor Centeno.

—Sí, señorito, y empeñada en no salir de allí...

Don Miguel respiró tranquilo; ¡qué peso se le había quitado de encima! Se le pasaron ganas de abrazar a la chacha. Afortunadamente, aquella sospecha martirizadora de que se hubiera suicidado carecía de fundamento.

Quieras que no, don Miguel obligó a la chacha a subir al coche. Y ya sentada a su derecha, mientras el vehículo continuaba dando tumbos camino de la vivienda de la ex sirvienta, ésta le narró:

—Esta mañana temprano se presentó en mi casa; me dijo, llorando, que venía a quedarse en ella, que quería vivir conmigo, pues había tenido un disgusto con ustedes y no podía seguir en su casa... Yo, señorito, con alma y vida la tendría en mi compañía, porque ya sabe usted que la quiero como a una hija; pero, la verdad, me parece que no está bien que una señorita tan principal viva con una pobre en una casa de vecinos, sin el regalo y la comodidad a que está acostumbrada.

—¿Y qué más le contó?

—Nada más, señorito Miguel; yo le he aconsejado que volviera con ustedes, que son como sus padres; pero tantas veces como se lo he dicho, tantas otras como me ha contestado, llorando, que no, que eso no era posible... Y yo, en su vista, sin decirle media palabra de para qué salía, tomé el camino de su casa para referirles lo que pasaba y que me indicasen lo que debía de hacer... No ha consentido decirme tampoco cuál fué la causa del disgusto que tuvo con ustedes... Yo me figuro que será cosa de novios, alguno que tendrá que no le convenga, por lo que ustedes se opondrán, y ello habrá motivado la riña... ¿No es eso, señorito?... Pero no la traten con rigor; si la pobrecita es un ángel de buena, don Miguel de mi alma. Háblenle al corazón y verán cómo responde... En estas cosas de amores, usted lo sabe mejor que yo, porque tiene más conocimiento y más experiencia de la vida, la violencia es lo peor...

Aquella buena mujer hablaba más que un sacamuelas, y hablando, hablando por los codos ella, y escuchando preocupado don Miguel, arribó el coche a la puerta del patio de vecinos donde la antigua ama de cría tenía su albergue.

Mas fue el caso que, no bien entró la chacha Milagros en su habitación, al ver Rocío que venía acompañada de don Miguel, echó a correr como alma que lleva el diablo.

Su tío corrió detrás de ella.

—¡Rocío! ¡Rocío! ¡Pero Rocío!

Sí, sí; Rocío, a quien sin duda habían nacido alas en los pies, corría como si la fuera persiguiendo un miura, y no paró en su carrera hasta dar con su gentil persona en un obscuro camaranchón que al otro extremo de la vivienda se encontraba, y al cual se ascendía por una desvencijada escalera. Y no contenta con esto, cerró violentamente la puerta de aquel tugurio, corrió por dentro su cerrojo y aun apoyó en ella el cuerpo, como si temiera que tratasen de forzar la entrada.

—¡Rocío! ¡Mujer! ¡No seas niña, que tenemos que hablar!

Pero por mucho y recio que don Miguel la llamaba, y por más que aporreaba la puerta, el más espantoso silencio reinaba del otro lado de ella.

—¡Rocío! ¿No me oyes? ¡Contesta!

Igual silencio.

Don Miguel pensó que quizá su sobrina no quisiera hablar delante de la chacha Milagros, que al pie de la escalera se encontraba, por lo que, en voz alta, ordenó a ésta:

—Mire, ama, va usted a hacerme el favor de tomar el coche que he dejado a la puerta e ir a mi casa a tranquilizar a mi mujer, que se ha quedado, la pobre, que se le podía ahogar con un cabello... Dígale que la señorita había venido a visitarla y que en seguida se va conmigo para allá... No es menester que añada nada más; la señora tomaría un gran disgusto si se enterara de que su sobrina no quiere volver con ella... Y en cuanto llegue, envíe el coche para que nos recoja.

Chacha Milagros salió a cumplimentar la orden, y don Miguel tornó a llamar a su sobrina.

—¡Rocío! La chacha se marchó ya. ¿Me oyes?

Detrás de la puerta, Rocío articuló tan débilmente, que más que una sílaba pareció un suspiro:

—¡Sí!

—Pues abre para que hablemos.

Con más firmeza ahora contestaron:

—¡No!

—Bien; pues hablaremos así. ¡Qué remedio!... ¿Qué arrechucho es ése que te ha entrado? ¿Por qué no quieres vivir ya con nosotros?

Don Miguel esperó en vano la respuesta.

—Pero Rocío, no seas chiquilla y contesta: ¿qué te hemos hecho para que no quieras seguir a nuestro lado? ¿Qué queja tienes?

—Ninguna. Es que después de lo que pasó anoche no puedo seguir viviendo en tu casa.

—Pero ¿qué fué lo que pasó anoche? Que te emborrachaste y dirías algunos disparates, como se dicen siempre que los vapores del vino se nos suben a la cabeza... Disparates a los que nadie da, como es natural, importancia alguna... Yo, ni me acuerdo de lo que dijiste... Me quisiste embromar; eso fué todo.

La niña se asió a aquel cable que le tendían.

—Sí; debí de decir sandeces y despropósitos a porrillo; estaba muy mareada.

—¡Ves!

—¿De verdad que no te acuerdas de mis descabelladas y locas palabras?

—¡Claro que no, tonta! ¿Quién presta atención a un borracho? ¡Y tú la cogiste de órdago de órdago a la grande! Además que yo aunque no bebí demasiado, estaba también algo trastornado. Por esto fue el subirme solo al principal. ¿Ira por esa tontería por lo que te querías marchar de casa? ¡Bah! ¡Qué chiquillada! ¡Se necesita no estar en sus cabales! Ya ves qué fácilmente se arregla todo en la vida poniéndose al habla. ¡Anda, abre!

—Abrir, no.

—¿Por qué?

—Porque me da mucha vergüenza de verte.

—¡Y dale, mujer! ¡Ahora salimos con esa!

—¡Que no y no!

—¿Pero no te vas a venir conmigo a casa?

—¡No!

—¡Rocío, no seas niña! ¿No comprendes que aquí no es cosa de que sigas? Además, tu salida de casa se prestaría a comentarios, fuera del pesar que con ello nos causarías... Y si hubiese un motivo, una razón... Pero no la hay... ¡Anda, sal y vámonos!

Oyéronse dentro unos apagados sollozos.

—Pero Rocío, ¡por Dios! ¿Por qué lloras? ¿Qué te hemos hecho? No te emperres en atormentarte sin causa. ¡Sal, mujer; no seas chiquilla! ¡Ya debe de haber vuelto el coche!

Entre sollozos la oyó balbucir:

—¡Contigo no me voy, no!

—Pero ¿por qué?

—¡Ya te lo he dicho: porque me da mucha vergüenza verte!

—Bueno, Rocío, como quieras. No te vendrás conmigo; pero ahora enviaré recado a la chacha para que vuelva a recogerte. ¿Me prometes que te irás con ella?

Hubo un silencio. Al cabo, escuchó tenuemente esta lacónica expresión:

—¡Sí!

—¿Palabra?

—¡Palabra!

—Bien; pues entonces me voy, y en seguida vendrá la chacha por ti... Y no seas inocente; no des en reinar en las bobadas que el vino te pueda haber hecho decir, pues ni yo ni nadie nos acordamos de ellas.—Y deseando conceder mayor tregua a la muchacha para que por completo se serenara, añadió:—Mira, y dile a tu tía que no me espere a almorzar; estoy invitado en la venta Eritaña con unos amigos.

III

Rocío volvió, como había prometido, a casa de sus tíos; mas en lo sucesivo fué sumamente cauta y reservada con don Miguel, cuya presencia esquivaba cuanto podía, sobre todo el quedarse a solas con él.

Pero lo más extraño fué que desde entonces comenzó a dar cara a Currito, y a poco púsose en relaciones con el antes desdeñado pretendiente. Y estos amores los llevó la muchacha tan por la posta, que no tardó muchos meses en casarse. Y el que fué objeto de sus mofas, por lo soso y desgarbado, la condujo ante el altar.

Esta inexplicable conducta traía desconcertado a don Miguel. Su sobrina, ¿había estado realmente enamorada de él? Aquella borrachera, que él piadosamente había supuesto, ¿no sería por acaso cierta, y producto de ella la apasionada declaración que la muchacha le hizo en aquella noche memorable? ¿O no sería, quizá, que por un fenómeno de espejismo, que pronto disipó la realidad, su sobrina, en su inexperiencia, hubiese tomado por amor lo que sólo fue afecto familiar? Estas verosímiles hipótesis no dejaban de mortificarle en lo más íntimo de su ser, y no era sólo su amor propio de conquistador el mortificado... Lo que no admitía discusión era que, a pesar de ser hombre avezado al trato de mujeres de toda edad y condición, don Miguel no sabía a qué carta quedarse.

Terminada la ceremonia nupcial, don Miguel se acercó a felicitar a Rocío.

—Mira, "tiíto"—díjole ésta, cuyos ojos brillaban como en aquella inolvidable noche—, a ver si en adelante te

consagras por entero a la tía Elena; que ya no estás para calaveradas, sino para sopitas y buen vino.

Estas palabras llenaron aún más de confusión al caballero. ¿Fue sincera Rocío al expresarse así, o fué una burla o fué un reproche? ¡Arcanos del alma femenina! Su tío continuó con sus dudas más acentuadas aún.

Don Miguel vió partir de su casa a la recién casada con esa mezcla de tristeza y de alegría que nos invade cuando con férrea voluntad logramos dominar nuestras pasiones e imponemos un sacrificio a nuestros apetitos; porque desde la noche de marras, el enamoradizo señor principió a querer a Rocío de modo bien distinto de como la quiso hasta entonces...

Si la niña estuvo enamorada, el burlador no se atrevió aquella vez a burlar... El gavilán no hizo presa en la incauta paloma.

Y así, con el corazón angustiado, contempló el conquistador cómo se alejaba la que tal vez fué su última conquista...

La última, porque don Miguel, desde aquel lance, se cortó definitivamente la coleta de tenorio, conforme él decía con una locución taurómaca.

José María de Acosta

José María Acosta y Tovar (Almería, 1881 - Madrid, 1936) fue un militar, novelista y autor de cuentos.

Hijo del militar carlista José María Acosta Oliver y de María Dolores Tovar y Yanguas, nace el 16 de mayo de 1881 en el almeriense Paseo del Príncipe, número 2. Durante el Bachillerato es compañero de Francisco Villaespesa, al que ayuda a confeccionar el periodiquillo La Alpujarra. Acabados

estos estudios, el ingeniero José Trías, su padrino, lo empuja a ingresar en la Academia de Ingenieros Militares de Guadalajara. En 1905 consigue el despacho de teniente del Cuerpo de Ingenieros. Ya capitán, está al frente de la estación radiotelegráfica de la Alcazaba almeriense. En 1909 logra el primer premio en los Juegos Florales granadinos por "Concepto del átomo en la físico-química moderna". Entre 1915 y 1917 se halla en Melilla. Desde allí envía un cuento a un concurso del diario madrileño La Tribuna, que le es premiado por un jurado compuesto por Eduardo Zamacois, Vicente Gay y Tomás Borrás. En adelante, decide alternar su profesión militar con su labor como escritor.

Casado con la almeriense Jacoba Gallardo y Gallardo, que le dará numerosa prole, Acosta, ya comandante, se instala en Madrid en 1917. Al año siguiente participa con una novela corta en un concurso de la revista Blanco y Negro; tras serle premiada por un jurado compuesto por Palacio Valdés, Ortega Munilla y Julio Casares, la revista la publica en sus páginas. En 1920, la viuda de Juan Pueyo le edita con enorme éxito su primera novela extensa, Amor loco y amor cuerdo, que le fue premiada en un concurso de Blanco y Negro por Ricardo León, Azorín, Pérez de Ayala y F. Acebal; en la misma, el escritor recrea con humor la vida burguesa de Alcoria, la Almería de la novela.

En 1921 publica la novela epistolar Entre faldas anda el juego, que le acepta Ricardo León, director literario de la editorial Renacimiento, con quien mantendrá siempre una buena amistad. León definirá a Acosta como "un joven maestro de la novela casticista y un mago de la amenidad, el interés y el aticismo". Ese mismo año aparece su novela Al cabo de los años mil; en 1922 ven la luz los cuentos y novelas cortas de La venda de Cupido; en 1923 es editada su novela La Saturna y la colección de novelas cortas Niñerías; en 1924 aparece la novela de intriga y misterios Las pequeñas causas.